



fulge en las pupilas una maldición terrible: crispa las manos con un gesto de titán y parece que va a atravesar con un dardo invisible la mole gris de la cordillera: se le sube a la garganta un grito que se ahoga poco a poco. La Caridad apaga el remalazo de la ira y el Padre Rafael, aterra la mirada, dulce como antes.

Año de 1608. Baeza: rostros recelosos y preocupados: peste y desolación en la villa española. Sobre un camastro, en una casucha de adobes, yace el Padre Ferrer, presa de la fiebre. Los nueve años que han pasado desde su primera salida de Quito, le han envejecido a fuerza de sacrificios y de fatigas. Junto a su lecho, unos indios, tristes y silenciosos improvisan unas rústicas parihuelas. Cargan a hombros el cuerpo ardiente del enfermo: él lo ha mandado así, lo ha suplicado con las lágrimas en los ojos. Allá va la callada procesión camino de San Pedro de los Cofanes, guarida entonces de los indios embravecidos por el odio y la sed de la venganza.

Echó el pie a tierra el santo Jesuíta, tambaleándose delante frente a las ruinas de su amada misión. A la noche, las sombras agazapadas volvieron a rondar el asilo del Padre. Oyó pronunciar su nombre entre acentos amenazadores y terribles. Alzóse de su lecho y llamó a sus descarriados hijos con nombres tiernos y paternos. Poco a poco, amansados y sumisos, fueron hinojándose a sus pies, entre lágrimas, unos cuantos fugitivos. Curó su fiebre el

Padre Ferrer y volvió a ser San Pedro de los Cofanes la pacífica misión de antaño. Pero en los confines de la Selva, abismados en los *achuales* del Aguarico, los *mohanes*, hechiceros y magos, acechaban todavía al Padre, espiondo el momento de caer sobre su vida como chacales.

En una tibia mañana de Mayo iba el padre Rafael en amorosa plática con dos reacios discípulos, camino de la peña donde acostumbraba a orar antes de celebrar la misa. Cruzaban los caminantes una débil pontezuela tendida sobre los riscos del Aguarico, rugiente y hervoroso bajo los pies del misionero. De pronto un rugido horrendo, a espaldas del Padre, le detuvo. Un instante y su cuerpo cayó en el vacío al empuje rabioso de los puños atléticos de un *mohan*. Quedó asido sin embargo, por providencia de Dios a uno de los tablones oscilantes. Desde allí suplicó en nombre de Jesús un socorro; y un indio, que aún quedaba sobre el puente le tendió la zarpa traicionera para soltarle de súbito, con una risotada espantable en el colorado rostro. Rodó por el *pongo* el Padre Rafael, dejando el corazón y las generosas entrañas, hechos jirones en las púas del cantil...

Años más tarde, cuando otro Jesuíta anónimo visitó la Misión de los Cofanes supo que los indios vieron durante mucho tiempo, todas las mañanas, al Padre Rafael vestido con las sagradas ropas, alzar el cáliz de Cristo sobre la ingrata reducción.

VÍCTOR DE LA SERNA

